

## Bonn desconfía de Estados Unidos y contemporiza con el eurocomunismo

Por Américo VELEZ  
(Corresponsal diplomático en Europa occidental.)

COLONIA, 23.

**A**LEMANIA Federal está sólidamente instalada en el «club de los grandes», decían la semana pasada los expertos americanos en distintas materias que, tras haber acompañado la anterior al Presidente Carter durante sus jornadas diplomáticas de Londres, se reintegraban a sus bases «europeas» de Bruselas.

En la capital de Bélgica, en efecto, se hallan casi todos los centros de dirección de las actividades (oficiales y privadas) de los Estados Unidos en el Viejo Mundo, acentuando así la atmósfera cosmopolita que imprimen a la ciudad los organismos principales, civiles y castrenses, de la Alianza Atlántica, las instituciones de los movimientos sindicales internacionales de inspiración cristiana o independiente (tal es el carácter que, por ejemplo, se atribuye la C.I.O.S.L., que al menos lo que a Europa respecta reúne sobre todo organizaciones de influencia socialista y socialdemócrata), los de las famosas corporaciones multinacionales... y lo esencial de las redes más o menos secretas del espionaje político, militar e industrial del bloque del Este.

Pero concentremos, por el momento, la atención en esta fascinante Alemania occidental. El «Wirtschaftlichswunder» (milagro económico) de la inmediata posguerra se ha convertido en característica permanente del país. Abandonando la ilusoria teoría «progresista» que consiste en aceptar la inflación con la esperanza de reducir el desempleo, los Gobiernos socialdemócratas de los señores Willy Brandt y Helmut Schmidt —este último sobre todo— han reducido actualmente al 4 por 100 esa terrible epidemia de las economías.

Se explica así que las personas sin trabajo (1.094.000 exactamente, según la última estadística) gocen de un nivel de vida superior al de las que, por ejemplo, en otros países del Mercado Común, trabajan cuarenta horas semanales. Por no mencionar ahora con detalle las carencias que, en todos los órdenes, soporta el ciudadano medio de la «otra Europa», la marxistizada.

No es, sin embargo, admisible que en ninguna clase de sociedad la proporción de gentes ociosas en condiciones físicas de trabajar alcance ese nivel. Los expertos de la R.F.A. en materia social buscan afanosamente soluciones al grave problema, sin que sus esfuerzos hayan dado, hasta el presente, resultados tangibles. Tal vez por ello, el presidente de la gran central sindical D.G.B. (que agrupa unos diez millones de cotizantes), señor Oskar Vetter, ha hecho no hace mucho esta sibilina e inquietante declaración: «Si la economía de mercado no logra reducir el desempleo, tendremos que buscar otras soluciones...»

Pero la cuestión no se ha planteado todavía oficialmente. Sin duda, porque la coyuntura sigue siendo favorable. En el Ministerio de Economía de Bonn se calcula —por lo bajo— que la tasa de crecimiento para el ejercicio próximo será del 4 por 100.

Los Institutos no oficiales especializados presagian un mínimo del 5. Basan sus cálculos en que, a finales de abril, los carnets de pedidos de las empresas industriales registraban un 3,5 por 100 en más que el mes precedente y un 10,8 con relación a la misma fecha de 1976. La industria del automóvil trabaja al máximo de su capacidad. La del utillaje, la textil y la de aparatos eléctricos reanudan una actividad que había decrecido en meses anteriores. Como en el resto de Europa, la siderurgia está en baja. También la construcción de edificios.

Pero las exportaciones aumentan. El pilar del «Wirtschaftlichswunder», el comercio exterior, no parece afectado por la crisis mundial que han estudiado hace dos semanas en la capital británica los siete «grandes» del Occidente industrializado, las mercancías oeste-germanas abundan en todos los mercados, incluidos los del lado de allá del muro de Berlín y los de los países asiáticos de economía estatal, como la China Popular y Vietnam. En el Asia libre —o semilibre—: India, Pakistán, Bangia Desh, etc., los productos alemanes compiten con los del Japón. Y en Taiwan, Filipinas, Indonesia, Australia y Nueva Zelanda con los americanos. En muchos sectores, ventajosamente.

Hasta el año pasado, me dicen en el terreno de lo confidencial colegas de los principales periódicos —y no lo desmienten, más bien lo confirman con sonrisas discretas cuando se les habla del asunto, funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores o del de Fuerzas Armadas—, Bonn compartía (con algunas excepciones) las líneas generales de la política exterior de Washington. Las cosas han cambiado actualmente.

En el aspecto militar, las dudas sobre la firmeza de las promesas americanas de asegurar la defensa de Europa en caso de agresión del Pacto de Varsovia son anteriores. Datan de la retirada de las tropas que en Vietnam del Sur se obstinaban en luchar por mantener una democracia inexistente. Ahora, los medios oficiales oeste-germanos y, desde luego, los periodísticos, se manifiestan escépticos en cuanto a la «voluntad de lucha» del pueblo americano. Y, consecuentemente, ante las afirmaciones de cooperación militar estadounidense, en el cuadro de la O.T.A.N., si estallase —eventualidad muy improbable— un conflicto armado Este-Oeste.

«El único movimiento que cabría esperar de las unidades americanas, las convencionales o las dotadas de armas atómicas, destacadas aquí —dice con gesto convencido un periodista de Bonn especializado en política internacional—, sería el de cruzar rápidamente el Atlántico en sentido inverso. América no quiere luchar más en campos de combate extranjeros. Ni en Asia, ni en Europa, ni en Africa, ni en ninguna parte. Carter anunció en 1976, durante uno de sus debates televisados con Ford, que si la U.R.S.S. invadiese Yugoslavia, los Estados Unidos no intervendrían...»

El diálogo transcurre en el confortable restaurante de un «club» privado de Colonia. Es el fin de semana y hay pocos comensales. Mis anfitriones —todos ellos colegas de Prensa— comparten el criterio pesimista del preopinante. Por el salón pasa un ángel.

El silencio, cargado de malos augurios, lo rompe al fin el corresponsal de un gran diario de Frankfurt. «Por eso —dice— el canciller Schmidt, el vicecanciller (ministro, además, de Negocios Extranjeros), Genscher, el Gobierno entero y gran parte del Bundestag, incluso los cristiano-demócratas, piensan de nuevo en la «Ostpolitik» y, desde luego, en la coexistencia con el «otro Estado» de la nación germana...»

Otro tertuliano recuerda que cuando, en marzo, se reunió en Roma el «Consejo europeo» («cumbre» de Jefes de Estado o de Gobierno del Mercado Común), Herr Helmut Schmidt mantuvo, al margen de una recepción ofrecida por el Presidente Leone, en el Quirinal, en honor de los «nueve», (bajo la mirada recelosa de «mosieur» Giscard d'Estaing y la tal vez cómplice del «signore» Andreotti), una discreta conversación con el «camarada» Enrico Berlinguer.

«La aparente tolerancia ante el eurocomunismo —comenta con sarcasmo un tercer colega— es tal vez lo único «común» que nos queda de la época de coincidencias políticas entre Bonn y Washington...»